



La Función de lo Imaginario en el Juego

Alexander Cruz Aponasenko.

 alikcruz@gmail.com

Recibido: Agosto 2012 – Aceptado: Septiembre 2012

Cualquier practicante del psicoanálisis que en su clínica se ha topado en algún momento con un niño, necesariamente se ha tenido que dar cuenta de que el análisis, ante ese encuentro, no procede por los caminos habituales. Ese practicante ha tenido que ver, incluso con asombro, que en la mayor parte de las ocasiones en que asiste a dicho encuentro, se halla frente a los procesos que la teoría

describe como constitución subjetiva. También, y quizás con un poco de horror, el practicante descubre que sus intervenciones no han de ser las mismas y que aquello que le es dado a ver, no es necesariamente lo mismo que lo que generalmente le es dado a escuchar. Si ese practicante recuerda a Freud ⁽¹⁹⁰⁷⁾, cuando señala que el fantaseo del adulto es el equivalente del juego en el niño mas una pizca de vergüenza, entonces estará encaminado.

La función del juego en la clínica con niños ha sido ampliamente estudiada en psicoanálisis. Siguiendo a Freud, los analistas de niños se han orientado leyendo en el niño el juego tal como leen el discurso en la clínica con los más grandes. Si el discurso es fácilmente ubicable en lo simbólico, ¿Qué hay del juego?

Si bien Winnicott ⁽¹⁹⁸²⁾ ha establecido que en el juego hay reglas que dan un tinte simbólico al juego infantil, no todo en él es simbólico. Decimos aquí que el juego primeramente está compuesto por elementos imaginarios, y que son estos los que el niño manipula cuando crea el juego.

Partimos del supuesto de que “el niño actúa, repite la relación con sus fantasmas” (Hartmann, 2009). El momento en el que esto sucede es el momento en el que juega. ¿Es esto equivalente al agieren de Freud? ¿Es decir esto acaso lo mismo que decir que se pone en acto aquello que no puede ser dicho con la palabra?

En todo caso “lo que no puede ser dicho con la palabra” en un primer momento tiene que tener la posibilidad de ser efectivizado como dicho. O sea, y en términos Freudianos, el pasaje de conexión entre representación-cosa y representación-palabra debe haberse realizado. Esto implica un momento segundo en el que la relación con el objeto ha girado hacia lo que Winnicott denominaría como la posibilidad de su uso. Una cierta operación de separación.

Si bien hay varias manifestaciones sintomáticas en el niño, que desde ya pueden tomarse como respuestas ante el deseo del Otro (madre), no pasa lo mismo a la hora de pensar el fantasma.

Desde diversas aristas se ha planteado que el fin de análisis para los niños es el punto de constitución del fantasma ^(Laurent, 1991). El fantasma en el caso del niño, queremos decir, el fantasma que entra en juego, es el del adulto. ¿Cómo se

posicionará el niño ante el fantasma de la madre? es una pregunta crucial que debe quedar planteada en toda dirección de la cura con niños.

Si el fantasma tiene alguna función en la estructura, esta es fijar al objeto, ponerlo "en juego" dentro de cierto "orden". Con todo el equívoco que la frase suscita en relación al título de este trabajo. Lo cual en el niño aún no está tan constituido como en el adulto. En "dos notas sobre el niño" Lacan ⁽¹⁹⁶⁹⁾ ubica que de entrada hay dos posiciones para el niño. Como síntoma de la pareja parental y como objeto en el fantasma de la madre. La última de estas posiciones se verifica en los casos de psicosis.

Si tomamos el juego como la repetición de la relación del niño con sus fantasmas (Hartmann, 2009) es en todo caso los fantasmas que responden a su enfrentamiento con el fantasma de la madre. Lo que está puesto sobre la mesa en ese "juego" es justamente la relación al objeto. En particular a ese objeto fundante que es das Ding, presentado a través del cuerpo de la madre. El ejemplo del pequeño Dick es bastante claro a respecto de lo que decimos. Dick juega con lo que efectivamente es el cuerpo de su madre. Ese trencito que es él y que entra en aquel túnel que es su madre es la realización de aquello que Lacan ⁽¹⁹⁵⁹⁾ señala como el deseo primordial. El deseo del incesto. Es obvio que Dick aún no cuenta con aquel elemento que le permitirá poner cierta distancia, fijar algo a respecto de lo que es él y con ello acerca de lo que es el Otro. Este elemento es el significante, que al parecer Klein introduce en una maniobra tan criticada como alabada por la comunidad analítica. Klein nombra esos objetos. Tiende un puente entre la representación cosa y la representación palabra. Con su intervención que es la de "un tercero" permite el pasaje del objeto al símbolo.

Una de las cosas que el caso de Dick muestra es que aún a falta de haber sido simbolizados los elementos con los que Dick juega, está el hecho de que juega. Arriesguemos a decir que aún a falta de lo simbólico hay juego. Lo simbólico vendrá a dar consistencia al juego, pero no necesariamente es su origen. Lo que sí se verifica en el origen del juego es la manipulación de elementos presentes en lo imaginario. En el saber popular se dice que "los niños juegan con cualquier cosa"; cabría agregar: con cualquier cosa que proyecte una imagen. Klein ⁽¹⁹³⁰⁾ señala a respecto de la técnica del juego que no se limita al análisis de los juegos del niño, sino que se puede extraer detalles del comportamiento general del niño allí donde el "juego" se halla inhibido.

Cabe una pregunta acerca de ¿cuáles son las características que definen a un juego como tal? Acaso ese "comportamiento general del niño" ¿no puede ser tomado como juego en su conjunto?

Si el adulto neurótico tiene su síntoma en transferencia atravesado por el fantasma, ¿acaso es posible que el fantasma esté en operación en algunas ocasiones y en otras no? En la clínica solemos pensar que los elementos de las estructuras están operando constantemente. Por eso estamos atentos a los detalles. Si un fantasma neurótico está todo el tiempo en operación, ¿por qué distinguir en el niño un momento de juego de otro en el que supuestamente no está jugando?, como si la estructura se apagara. Decimos que todo comportamiento pre-organización del

fantasma en el niño, puede ser tomado como juego. El juego sería entonces el modo en el cual el niño va poco a poco construyendo su fantasma.

Lacan ⁽¹⁹³⁸⁾ despejó la función de lo imaginario como constituyente de la subjetividad en su trabajo sobre el estadio del espejo. Propone en ese trabajo que la forma humana, atrapado entre la prematuración y su avanzada capacidad perceptiva, se ve capturado ante una imagen total del cuerpo. El estadio del espejo plantea un modo de identificación, en el sentido en el que Lacan llama allí: "la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen". La Gestalt imaginaria que se presenta al sujeto en conformación es más constituyente que constitutiva según Lacan, organiza los límites del mundo del sujeto. De la función constitutiva de la Gestalt imaginaria Lacan da ejemplos extraídos de la biología.

La función del estadio del espejo queda planteada como: "un caso particular de la función de la imago, que es establecer, una relación del organismo con su realidad..." (Lacan, 1953). Habría una especie de pasaje de un yo especular a un yo social, pasaje en el cual podemos ubicar los procesos de simbolización a los que se refería M. Klein. Puede pensarse que lo imaginario va presentando el terreno que lindará lo simbólico, aquello sobre lo cual lo simbólico establecerá cortes y demarcaciones. Lo imaginario pasa a ser, como imago, aquello francamente manipulable para el pequeño sujeto en formación, el medio a través del cual ese organismo establece relaciones con la realidad. Desde aquí no resulta extraño encontrar por qué casi cualquier cosa sirve para que un niño juegue.

La manipulación de las imagos que la realidad le ofrece al niño es lo que constituye el núcleo del juego infantil. El propio cuerpo, como imago, tiene la propiedad de ser tomado como elemento de juego. Uno de los primeros elementos.

BIBLIOGRAFÍA.

- (1) Freud, S. (2001) El poeta y los sueños diurnos. En Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
- (2) Hartmann, A. (2009) En busca del niño en la estructura. Letra Viva. Buenos Aires.
- (3) Klein, M. (1983) La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. En Obras Completas II. Editorial Paidós.
- (4) Lacan, J. (1988) Dos notas sobre el niño. En Intervenciones y textos 2. Manantial. Buenos Aires.
- (5) Lacan, J. (1989) El estadio del espejo. En Escritos 1. Siglo XXI.
- (6) Laurent, E. (1991) Hay un fin de análisis para los niños. Colección Diva.
- (7) Winnicott, D. W. (1982) Realidad y Juego. Gedisa. Barcelona.